

Delphine de Vigan nos recibió en un parque de un París con toque de queda a las seis de la tarde y cierre de la hostelería.

A la dcha., su nueva novela, *Las gratitudes*, que Anagrama publica a mediados de febrero.



Además, emocionalmente, a menudo tenemos miedo de pasarnos, de manifestar nuestra gratitud de manera demasiado efusiva.

¿Esconde la pandemia una nueva novela suya?

Es demasiado pronto aún, necesito algo de distancia con lo que escribo. Por el momento, no tengo ganas de escribir sobre esto. Pero el libro que he terminado [*Les enfants son rois*, que en Francia publica en marzo con nueva editorial, Gallimard], que habla de internet y las redes sociales, del mundo YouTube, va a tener una resonancia particular porque la gente viene de un año en el que ha usado más lo digital.

En su libro *Nada se opone a la noche* hablaba ya de un tema que en Francia está provocando un terremoto social y político a raíz de otro libro, *La familia grande*, de Camille Kouchner: los abusos sexuales contra menores en el seno de la familia.

¿Le ha sorprendido esta respuesta?

El incesto es el mayor tabú de nuestra sociedad y vemos hasta qué punto sigue habiendo un discurso refractario (...) es algo que no queríamos ver ni escuchar y que siempre hemos intentado esconder bajo la alfombra.

Yo lo viví con *Nada se opone a la noche*, ahí el tema del incesto es muy importante, estoy convencida de que la enfermedad de mi madre estaba directamente ligada a esa cuestión y lo cuento, pero en las críticas rara vez fue destacado. El libro de Camille Kouchner tiene un eco importante porque trata de gente muy conocida. Si gracias a esa notoriedad por fin se empieza a hablar del tema, pues muy bien. A través de ese libro, otras mujeres, de otros entornos, porque el incesto se da en todos los entornos y clases, pueden decirse que tienen el derecho de hablar y de denunciar. Estoy segura de que, como el de Vanessa Springora [*El consentimiento*] hace un año, este libro, todos esos libros, nos muestran el poder de la literatura para denunciar situaciones y, en un momento dado, gracias a que una historia nos afecta especialmente, darnos cuenta de las cosas.

¿Qué falta aún en Francia para que se libere de verdad la palabra de las mujeres?

Tenemos un sistema que todavía es muy arcaico en ciertos aspectos. Lo hemos visto en la cuestión de los feminicidios, donde España va muy por delante en materia de brazaletes electrónicos, protección... Hemos tardado muchísimo, y no está logrado, en proteger a las mujeres en peligro, vemos hasta qué punto su palabra, y la de los niños, no es escuchada. Algunas van una y otra vez a denunciar malos tratos y luego nos sorprendemos cuando aparecen muertas. Todavía hay mucho por hacer ●

“Debemos cuestionarnos nuestra forma de descartar a los mayores para protegerles”

